

Otra versión del Diluvio



En el arca había una disciplina estricta; eso es lo primero que hay que dejar claro. No era como esas arcas de madera pintada con las que tal vez hayáis jugado de niños: todas las parejas felices mirando alegremente por encima de la barandilla desde la comodidad de sus bien fregadas celdillas. No os imaginéis un crucero por el Mediterráneo en el que jugáramos lánguidamente¹ a la ruleta y todo el mundo se vistiera para la cena; en el arca solo los pingüinos llevaban frac.

Recordad: era una travesía larga y peligrosa. Recordad también que teníamos a todo el reino animal a bordo: ¿habríais puesto a un leopardo a la distancia de un salto de un antílope? Ciertas medidas de seguridad eran inevitables y aceptamos cerraduras de doble clavija, inspecciones de las celdillas y un toque de queda² nocturno. [...]

Probablemente habréis comprendido que el «arca» no era un solo barco. Fue el nombre que le pusimos a toda la flotilla (difícilmente se habría podido meter a todo el reino animal en algo que solo tenía trescientos codos de largo).

¿Que llovió cuarenta días y cuarenta noches? Bueno, naturalmente que no, eso no habría sido más que un verano inglés normal. No, llovió durante más o menos año y medio, según mis cálculos. ¿Y que las aguas cubrieron la Tierra durante ciento cincuenta días? Engorden esa cifra hasta unos cuatro años. Y así, todo. Vuestra especie siempre ha sido una calamidad para las fechas. [...]

¹**lánguidamente:** sin energía, perezosamente.

²**toque de queda:** prohibición de transitar o de permanecer en el exterior a determinadas horas.

Ya antes de que subieran las aguas había habido motivos de inquietud. Sé que vuestra especie tiende a despreciar nuestro mundo, por considerarlo brutal, caníbal y falso (aunque bien podríais reconocer que esto nos acerca a vosotros en lugar de alejarnos). Pero entre nosotros siempre hubo, desde el principio, un sentimiento de igualdad. Oh, ciertamente nos comíamos los unos a los otros; las especies más débiles sabían demasiado bien lo que podían esperar si se cruzaban en el camino de algo que fuera más grande y estuviera hambriento. Pero simplemente reconocíamos que así eran las cosas. El hecho de que un animal pudiera matar a otro no hacía al primero superior al segundo; únicamente le hacía más peligroso. Puede que este sea un concepto que os cueste comprender, pero había un respeto mutuo entre nosotros. [...]

Veréis, hay una cosa que quiero dejar bien clara. Esta historia del arca. Probablemente aún pensáis que Noé reunió a los animales porque no quería que se extinguieran, que no podía soportar no volver a ver una jirafa nunca más, que lo hacía por nosotros. Pues no era el caso. Quería tener algo que comer cuando el diluvio acabase. Cinco años y medio bajo el agua y la mayoría de las huertas habían desaparecido, os lo aseguro; solo el arroz prosperaba. Así que la mayoría de nosotros sabía que a los ojos de Noé no éramos más que futuras cenas sobre dos, cuatro o las patas que fueran. Si no ahora, luego; si no nosotros, nuestros descendientes. No es una sensación muy agradable, como podéis imaginaros.

Julian BARNES

Una historia del mundo en diez capítulos y medio
Anagrama (Adaptación)